

USE LAHOZ  
**Los Baldrich**



Desde muy joven, Jenaro Baldrich tiene claros sus objetivos: formar una familia, fundar un negocio en la maltrecha Barcelona de posguerra y llegar tan alto como le sea posible. Nada impedirá que se dedique a la consecución de su sueño.

Los Baldrich ofrece el retrato certero de una familia acomodada en la que serán los hijos quienes deban buscar, cada uno a su manera, las vías de escape para huir del opresivo hogar familiar antes de que el noble apellido Baldrich acabe con ellos.

La codicia y la incomunicación, pero también la generosidad, el amor y la lujuria dan cuerpo a esta fascinante novela de Use Lahoz que posee la maestría de las grandes sagas clásicas.

A Teresa Rozas.

*Mamma mía.*

Tu écriras un roman sur moi.

*André Breton*

Nadja

# I. Cosmopolitismo

# 1.

Jenaro Baldrich se asomó a la vida en 1920, en Tarragona, en la casa que luego vendería para comprar la de Valldo-reix, por no seguir habitando el lugar donde murió su padre, don Eustaqui Baldrich, y donde enfermó su madre, Cinta Campà. Cursó en los Maristas los estudios primarios, mostrándose listo con los curas, trivial en los deberes y en las fotografías aguerrido y complaciente, ya ancho de hombros y de cabeza. Pasó por la infancia copiando lo mínimo de su hermano mayor, Gonzalo Baldrich, mucho más aplicado que él en los estudios. Jenaro aprendió enseguida a tirar piedras contra el muro de las lamentaciones de los gaudules, jugando a policías y ladrones, escapando al río a pescar barbos, y faltando en más de una ocasión a la escuela, sin que ello implicara recibir castigo alguno.

Ya desde pequeño su padre le consintió que acompañara a Quimet, el cobrador de la casa, en sus abundantes itinerarios para recaudar los importes de los recibos de la electricidad, negocio controlado por su familia en toda la comarca. El mismo Quimet tenía también una pastelería enfrente de la casa de los Baldrich, donde el pequeño Jenaro ayudaba a elaborar brazos de gitano y bizcochos, *panellets* y *tortells*, en mayor medida antes de Navidad y Semana Santa, y allí fue donde aprendió más matemática que en la escuela.

En la oficina habilitada en la trastienda de la pastelería que regentaba Quimet, sobre una mesa recubierta con restos de harina, Jenaro ayudaba a llevar las cuentas a mano, con lápiz y papel, y de vez en cuando se imaginaba pasan-

do calor bajo las faldas estampadas de Petra, la mujer de Quimet, que atendía a los clientes con un catalán lozano, y que movía su peso con maneras rudimentarias, pero que a ojos de un niño sin contacto con mujeres eran lascivas, y suficientes para aprender el arte de la autosatisfacción correspondiente.

Aquella Cataluña que empezaba a abrirse al exterior era, sin duda, un marco próspero para emprender negocios familiares. Tanto esfuerzo había traído como recompensa la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, de la que Jenaro Baldrich oyó hablar a su padre y a algunos clientes de la pastelería. Desde niño estuvo en contacto con el mundo de los negocios, así aprendió el valor del dinero: cuando su abuelo le repetía que cuarenta y nueve céntimos jamás llegarían a valer dos reales y su padre, los domingos, le asignaba una perra chica de propina que debía administrar con el fin de comprar pipas para él y para dos amigos que no tenían un padre en situación de dar cinco céntimos a nadie.

También pasó la guerra. Las ideas militantes derechistas del padre protegieron a Jenaro de grandes problemas. Siendo todavía adolescente vivió de cerca el turbulento registro de la casa por un grupo de anarquistas, unas cuantas amenazas y la detención de su padre, resuelta al mes gracias al desembolso de cinco mil pesetas pagadas en plata, y poco más, pues tan pronto abandonó las rejas, don Eustaqui Baldrich decidió pasar al territorio que controlaban los alzados contra la República.

No obstante, su hermano Gonzalo sí estuvo preso y por edad le tocó participar casi de lleno; fue detenido por una tropa de milicianos y también se tuvo que pagar su salida de la cárcel. Cuando salió tenía diecinueve años. Decidió unirse al bando azul. Gonzalo Baldrich traspasó la frontera por Figueras, en el camino de La Junquera, hasta llegar a San Julián. Bordeó los aledaños, pasó frío en los Pirineos y apareció en la otra España por Hendaya. Se unió al ejército

rebelde, el de tierra, en una brigada de infantería ligera. Fue destinado a la segunda división de Navarra, en el cuarto batallón del regimiento de San Quintín. Con él atravesó cerros y valles de trinchera en trinchera, matando rojos y afeitando la cabeza de sus mujeres, dejando pueblos enteros sin hombres. Recibió instrucción de sargento y al acabar pidió ser designado con los Tiradores de Ifni, la fuerza que combatía más cerca de Tarragona, por los pueblos de Lérida. No logró pasar de sargento. Hacia el final de la guerra, mientras estudiaba para alférez, se enteró de la caída de Barcelona, que a buen seguro habría salpicado Tarragona, y pidió permiso para ir a buscar a sus familiares. Le fue denegado, pero igualmente llegó a casa y le contó todo eso a su hermano pequeño Jenaro. Después, el mayor de los Baldrich se lió la manta a la cabeza y escapó por su cuenta y riesgo. Cuando regresó fue expulsado de la Academia. De tantos tiros pegados, volvió a casa con la cabeza perturbada. Al acabar la contienda la familia empezó a bregar unida, con un sentimiento revanchista para levantar los negocios: algunos arrendamientos de tierras fértiles y, sobre todo, los de la electricidad. Lo cierto es que dicho patrimonio había resistido bien, pues enseguida tuvo resguardo y amparo por la recién nacida Ley de Protección de Industrias Nacionales.

Luego del bachillerato, el cuarto y la reválida, que para Jenaro Baldrich nunca fue algo esencial, llegó Barcelona, y llegó la universidad y la carrera de ingeniero industrial con la que satisfacer los deseos de un padre menos autoritario que él pero igual de emprendedor. Tan decidido era Jenaro Baldrich que, a pesar de la decepción del padre, dispuesto a financiar lo que hiciera falta, optó por la carrera de Peritaje, de tres años, en lugar de la especialidad técnica superior, de seis o más cursos.

Cuando el todavía adolescente Jenaro Baldrich llegó a Barcelona para estudiar Industriales tenía bien aprendidas las reglas de la multiplicación, pero aún no era señor. De



esta manera, y a pesar de la potestad financiera de la que gozaba su familia, la vida aún tenía el privilegio de poder ofrecerle situaciones con capacidad de conmoerlo. Pasó la primera noche y los primeros años en el piso de unos familiares de Quimet y de Petra que alquilaban habitaciones. Había llegado en tren y, al bajar del vagón en el apeadero del paseo de Gracia y después de subir las escaleras con las dos maletas, lo primero que vio de Barcelona fue un cielo encapotado y, debajo, ante él, enormes edificios dispuestos a ambos lados de la travesía, tamizados por un resplandor polvoriento. Escuchó el traqueteo del ferrocarril que rechinaba por la zanja con vías abierta en la calle Aragón. El otoño empezaba a sacudir ramas y pisó hojas extendidas por la acera. En el primer café que apareció a su encuentro preguntó cómo llegar hasta la calle Gerona esquina Valencia, y un camarero le indicó moviendo el brazo: «Estás aquí al lado, chaval».

Comparado con la inmensidad del caserón de Tarragona, aquel espacio le resultó minúsculo y lóbrego. El estrecho pasillo sin bombillas dejaba claro el deber de ahorrar en luz. Eran tiempos de estraperlo, se percibía en los detalles. La sordidez de la habitación, equipada con una cama de madera con un colchón de lana y un armario cuyas puertas tenían las bisagras oxidadas y por tanto chirriantes, le hizo tomar contacto con la gente humilde. Un mundo que no había conocido antes.

Allí vivían de pensión varios inquilinos. En su mayoría obreros foráneos que no hablaban una pizca de catalán, y que a ojos de Jenaro Baldrich gastaban un acento raro al que acabó habituándose. Hombres recios, de campo, sin la posibilidad de tener ni un solo pájaro en la cabeza y ni una sola idea política. No eran mucho más mayores que él, pero sí más curtidos, hombres a quienes les bastaban cuatro palabras para expresar sus sentimientos y que en las noches de los meses de frío, una vez tomado el caldo de gallina servido por la patrona, se retiraban a sus habitaciones a

roncar con intensidad hasta que al día siguiente, con los primeros rayos, después de pasar brevemente por el lavabo, salían en busca de un apaño que les permitiera seguir pagando a la dueña una semana más.

En aquel piso de pasillos angostos, crujía el techo cuando los vecinos de arriba caminaban. Las ventanas no cerraban bien. No había despensa saturada de víveres. El viento silbaba entre las juntas como asma de invierno. Jenaro Baldrich tuvo que alquilar una mesa para estudiar y su hermano Gonzalo, en una de sus visitas, probablemente antes de casarse y enloquecer definitivamente, le trajo una lámpara y una bolsa llena de bombillas. En realidad, todo aquel mundo le era ajeno, y por más que los señores de la casa lo miraran y le dieran preferencia sobre el resto de inquilinos, nunca llegó a habituarse a aquel universo de caldos y pan duro, de olores pesados, de sábanas de lija, y a los resuellos de aquellos hombres de piel morena y brazos como toneles. Pero fue allí donde el joven Jenaro Baldrich conoció a José Antonio Montoya Luengo, un gallego que la segunda noche le habló en medio de la cena:

—Tú, rapaz, ¿te vas a dejar ese pan o te lo vas a comer?

—No. Tome —debió de añadir Jenaro Baldrich con voz temblorosa. Se lo acercó con la mano para ver cómo el gallego partía el trozo en dos y lo echaba sobre el plato donde todavía quedaban unas cucharadas de sopa. Y quien sólo le volvió a hablar una vez masticado el primer bocado.

—Así que tú eres señorito... Pues estudia, estudia, tú que puedes... Que muy bien me parece. Cuando seas rico y tengas tu propia empresa acuérdate de mí, chaval, a ver si alguien me hace fijo.

A pesar de su juventud, Jenaro Baldrich entendió el mensaje e incluso llegó a sonreír. Se acordó de todos los trabajadores que su padre empleaba en Tarragona, y de las cuentas que hacía con Quimet en la trastienda de la pastelería, y por primera vez le miró a la cara, para descubrir lo que era un perfil agrietado, con nariz inflada y arrugas en la

frente, y unas manos que liaban Ideales como churros, y una boca que fumaba como un carretero. Y cuando el gallego se levantó arrastrando la silla, dejando sobre la mesa un trazo de humo, y el plato y el vaso de vino limpios como una patena, le dijo buenas noches y le dio una colleja que le resultó cariñosa.

## 2.

Tras la guerra el país había quedado falto de divisas. Aunque escondida bajo los estertores de la contienda y de los últimos bombardeos que había sufrido la ciudad, flotaba en el ambiente una necesidad de industrializarse, para intentar recuperar el esplendor que cien años antes se había puesto en marcha, cuando fue proclamada la libertad de industria, que sentó las bases de la revolución industrial, y Barcelona se reveló como un enclave óptimo para albergar vaivenes migratorios y para que la burguesía desarrollara sus anhelos a pesar de las muchas revueltas que trastocaron el ritmo vital del siglo. De pronto, todo se ponía del lado de las pretensiones de aquel universitario con fondos. Jenaro Baldrich pasó por una universidad diezmada, reducida a unos cuantos privilegiados. Probablemente fue por eso, sentirse presionado ante una oportunidad auténtica, por lo que le entraron prisas y se empeñó en acabar la carrera a curso por año.

La Escuela de Peritaje se ubicaba en la avenida del Generalísimo, a la que se seguía llamando Diagonal, a las afueras de la ciudad, por lo que cada mañana Jenaro Baldrich se veía obligado a tomar un tranvía que hacía casi la totalidad de la ruta por esa avenida carente de tráfico, repleta de aspereza. Desayunaba la leche aguada y el pan con una porción de chocolate que servía la patrona, y abandonaba la casa cuando ya todos los demás inquilinos habían salido. Acudía a las clases impecablemente vestido. Se mojaba el pelo antes de peinarlo. Él mismo se limpiaba los zapatos. Tomaba café en un bar cercano a la facultad y

se hizo amigo de estudiantes de Derecho y de Ingeniería, algunos con ínfulas de poetas y otros, más haraganes, con todo hecho antes de empezar a estudiar. Era 1940. La guerra había pasado por Barcelona dejando la universidad desplumada, y bajo la jurisdicción del espíritu nacional. El autogobierno había sido abolido. Ni una clase era impartida en catalán. Una España única, grande y libre iniciaba una posguerra que poco le importaba a Jenaro Baldrich.

La ausencia de mujeres en las aulas era una evidencia notable, pero tampoco suficiente para que Baldrich se preguntara por ello. Un fin de semana en que Jenaro volvió a Tarragona para reunirse con los suyos, el padre le hizo saber que los Iborra, la familia que le acogía en Barcelona, tenían una sobrina que sería bueno que conociera.

El padre de Jenaro se había enterado de ello por medio de Quimet. Habían hablado de todo un poco hasta que Eustaqui Baldrich le sacó el tema. La chica vivía con sus padres, hermana y cuñado de Petra, en Torredembarra, pero el sábado siguiente visitaría a su tía, la patrona de Jenaro, por su cumpleaños. Ante la pregunta de si la moza festejaba con alguien, Quimet dijo que no sabía nada y que todo se arregla. Igualmente, Eustaqui Baldrich le hizo saber a su hijo que la chica, antes de ir a Barcelona, haría un alto en Tarragona, y pasaría por la pastelería de Quimet para recoger un pastel. Luego sugirió que no estaría de más que se lo llevara él y que la acompañara en el trayecto.

Aquella semana Jenaro Baldrich la pasó dibujando en su mente un esquema visual y detallado de cómo sería esa muchacha. Esos días, que en realidad no dejaron de transcurrir mansamente, el joven estudiante los aprovechó para observar con más detenimiento las facciones de su patrona, la tía de la chica con quien iría en tren el sábado siguiente, para tratar de obtener una imagen más precisa. No descubrió en sus patrones rasgos que animaran su corazón. El viernes, al acabar las clases, de vuelta a Tarragona para regresar al día siguiente, es probable que se diera cuenta del

despropósito de la situación, pero se dijo a sí mismo que el tema de la mujer cuanto antes se solventara mejor, porque así sería un problema menos y podría dedicarse de lleno a lo suyo.

Sin embargo don Eustaqui Baldrich, contra todo pronóstico, no habló a su hijo, a su llegada a casa, de la muchacha del día siguiente, sino de su primo Ignacio Párbole, hijo de Dolores Baldrich, la hermana de don Eustaqui, y de su inmediata marcha a la Argentina. El motivo del viaje de los sobrinos de Eustaqui Baldrich, según él, no era otro que el de instalar un negocio en el Río de la Plata, probablemente en Buenos Aires. Jenaro Baldrich vio venir la pregunta y escurrió el bulto.

—Yo no me quiero mover de Barcelona.

—¿Tienes proyectos?

—Sí.

—Pues no hay más que hablar. Un hombre sin proyectos es un hombre muerto. Me quedo tranquilo.

Esa fue la primera vez que Jenaro Baldrich habló a su padre de sus aspiraciones. Fue todo lo conciso que pudo y lo dejó caer después del postre. La madre, Cinta Campà, se había levantado y debía de andar por la cocina. El servicio empezaba a retirar migas de pan y restos de fruta del mantel. Padre e hijo estaban cara a cara.

—No sé de qué, pero yo voy a ser jefe. Me voy a casar, y después de casarme, montaré el negocio. Mira, padre, en Barcelona vivo con obreros que se levantan a las cinco de la mañana todos los días. Son capaces de hacer cualquier cosa por un trozo de pan, para mojarlo en la sopa. Si yo les doy dos trozos, ellos trabajarán el doble. Lo tengo aquí... en la cabeza... La guerra ha abierto el atajo que quería, ya me he dado cuenta de que todo tiene un precio, así que no me lo repitas. Pero ¿a qué hora viene la sobrina de Qui-met?

—A las nueve, que el tren sale de Torredembarra a las siete. Me gusta que veas que los que mueven todo son

esos, los que se levantan a las cinco, por eso te he mandado allí, para que aprendas y veas, pero ojo, que tú también tienes que madrugar y estar al quite. Haz lo que quieras, pero que tus primos ni en América ni en ninguna parte se rían de ti jamás. Ya me entiendes..., ya se han reído bastante de tu hermano.

—¿Los primos son rojos?

—Los primos son malos. Aunque saben hacer dinero.

—¿Y la tía Dolores también va?

—Mi hermana Dolores se está muriendo y no va a llegar ni a la semana que viene. No pasa nada. Es la vida. Así que ya lo sabes.

A la mañana siguiente, avisó Quimet a don Eustaqui de que su sobrina se hallaba en la tienda. El padre de Jenaro Baldrich encontró a su hijo pasándose el peine por el pelo mojado delante del espejo de uno de los baños. Allí mismo le ayudó a ajustar el nudo de la corbata.

—Venga, hijo, que te espera. Si te gusta, bien, y si no también.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo. Pregúntaselo tú.

Se llamaba Sagrario. Era menuda y con la cara chata. El pelo moreno, rizado y con la raya a un lado otorgaba a su apariencia un reflejo de bondad que podría parecer desmedido. Le cubría el cuerpo un abrigo de paño que le llegaba hasta los tobillos. Cuando sonreía bajaba la cara y su barbilla cincelada se perdía bajo las sombras de su cuello. Caminaron hasta la estación. Soplaba raso el viento de octubre y se podían respirar indicios de salitre, aura del mar que la brisa acercaba hasta los bancos del andén. Para evitar el frío, los viajeros esperaban en los pasillos de la estación, donde olía a indigencia. Jenaro Baldrich no se acordó de llevarle el pastel hasta que llegó el tren, y la vio subir con